

Dejan a Familias en la Angustia Las Desapariciones en México

Miles de personas han desaparecido sin dejar rastro. Algunas, raptadas con violencia; otras, detenidas por el ejército y otras más, por razones incomprensibles. Sus familias quedan en un limbo de agonía

Por Tracy Wilkinson, Los Angeles Times, 7 de marzo de 2011

Reportaje desde la Ciudad de México

Cuatro parejas, propietarias de modestas fruterías y taquerías en el pacífico estado de Guanajuato habían logrado reunir el dinero para irse de vacaciones al puerto de Veracruz.

Después de registrarse en el hotel y pasar el día en la piscina junto con sus hijos, los esposos salieron, aún en bermudas, para comprar hielo en el 7-Eleven cercano. Tal vez decidieron entrar al bar que un guardia del hotel les había recomendado.

Al principio, a las esposas no les preocupó que sus maridos no regresaran. Incluso a la mañana siguiente, imaginaron que habían atado a uno y que durmieron fuera, en alguna parte. Llevaron a sus hijos de paseo por la ciudad. Pero al anochecer, las esposas estaban nerviosas, y como sus intentos por llamarlos a los celulares no obtenían respuesta, entraron en pánico.

¿Dónde estaban sus maridos?

Eso fue hace casi un año. A ninguno de los cuatro los han vuelto a ver desde entonces. Sus familias no han recibido petición de rescate, no hay información, ninguna clase de pista. Sus cuerpos no han aparecido.

“Fue como si la tierra se los tragara” —dijo una de las esposas en una entrevista.

Como escalofriante subproducto de la guerra contra las drogas que estraga a México, miles de personas han desaparecido. Hasta donde se sabe, no han sido asesinadas; tampoco plagiadas para obtener un rescate. Simplemente desaparecidas, dejando a sus familias desesperadas y rotas, y a la sociedad confundida y asustada.

Algunos son simples pandilleros de la droga “levantados” —para usar la expresión popular— por sus rivales, luego asesinados y arrojados en fosas comunes secretas. Algunos fueron vistos por última vez en manos de las fuerzas armadas o la policía.

Los capturan para interrogarlos; su destino es desconocido. Otros millares son inmigrantes que no tuvieron forma de pagar a sus traficantes.

Y en los casos más inquietantes, algunos desaparecen por razones que nadie puede comprender.

Las familias se dan explicaciones: que sus seres queridos fueron llevados por los traficantes y forzados a trabajar como esclavos en los campos de marihuana y los laboratorios de metanfetaminas, lo que tal vez sea cierto en algunos casos, pero lo más frecuente es que se trate de una reconfortante forma de auto-engaño.

Las desapariciones son el estremecedor eco de una táctica que las dictaduras emplearon durante las llamadas guerras sucias que afectaron a América Latina en la segunda mitad del siglo 20.

Ya sea practicada por los gobiernos o por los delincuentes, es una forma de control e intimidación que de alguna manera produce un efecto aún más profundo en la sociedad porque constituye una “pérdida ambigua”, según Carlos Beristain, psicólogo español que ha asesorado a familias de desaparecidos en toda la región.

Pocos casos son apenas resueltos por autoridades, abrumadas por matanzas sin precedentes. La brutalidad sin sentido envuelve a las familias en la incertidumbre, lo que les impide llorar sus pérdidas, incapaces de seguir adelante. Se trata de una herida, como dicen muchos, que no deja de sangrar.

Un estado de limbo

Las parejas que viajaron a Veracruz en mayo pasado iban a disfrutar unas vacaciones largamente planeadas, con 10 niños en total, hospedadas en el hotel Howard Johnson en el animado y popular puerto y destino turístico. Los hombres estaban entre sus 30 y 40 años de edad. Vestían pantalones cortos, sandalias y las pulseras rojas que los identificaban como huéspedes del hotel cuando se aventuraron a salir la noche anterior.

“Nunca nos imaginamos que sería peligroso”, dijo una de las esposas, quien pidió que su nombre no se publicara, renuente a oponerse a las autoridades que al principio mostraron interés en el caso, pero después lo desplazaron a otros delitos, entre ellos más de 300 otras desapariciones en Veracruz.

Las esposas buscaron desesperadamente en los días que siguieron, recorriendo toda la ciudad, notificando la desaparición en todas las estaciones de policía, los hospitales de la Cruz Roja, el ejército y la televisora local. Marcaron a los celulares de sus maridos, pero no obtuvieron respuesta. Las semanas se volvieron meses. Ningún resultado.

La única pista llegó dos días después de la desaparición, cuando la tarjeta de uno de los hombres fue utilizada en un cajero automático. Y alguien les dijo que el bar Nueva Fantasía, donde los hombres probablemente fueron, era una peligrosa guarida, llena de “narcos”.

El esposo de Reyna Estrada desapareció con otras 11 personas hace dos años cuando estaban en la frontera norte del estado de Coahuila, en un viaje para vender la pintura.

Estrada dice que las familias se han quedado en un estado de limbo.

“No eres viuda; no eres esposa. Nomás mi marido no está aquí —dijo—. No puedes ni llorar su muerte”.

Jaime Ramírez, el esposo de Estrada, y otros once hombres salieron de sus hogares en el estado de México, a dos horas de la Ciudad de México, para visitar un pueblo llamado¹ Piedras Negras, Coahuila. En ese viaje de negocios, los vendedores de pintura y otros materiales de construcción iban en dos camionetas. Ramírez tenía 48 años; el mayor tenía 50 y el menor que ayudaba a su tío, 16.

Los vieron por última vez de noche, en una gasolinera, no lejos de retén militar. Coahuila ha permanecido tranquila en plena ebullición de la violencia del narcotráfico desde hace algún tiempo, sobre todo porque la banda de narcotraficantes paramilitares conocidos como los Zetas domina parte del estado.

Los familiares en varias ocasiones han viajado a la zona en un intento de averiguar más, pero ha sido en vano. No han hallado testigos, y un activista de derechos humanos les advirtió que corren riesgo de ser asesinados si van demasiado lejos.

“¿Cómo es posible que doce personas se pierdan, se evaporen, como quiera que haya sido, y nadie se dé cuenta? —dijo Estrada—. Cuando tus seres queridos se mueren, al menos sabes dónde están, qué les pasó; hasta te puedes hacer a la idea. No sabemos contra qué monstruo estamos luchando.”

Poca ayuda de la policía

Con frecuencia las autoridades tratan de inculpar a la víctima, dijo Blanca Martínez, activista de derechos humanos que ha ayudado a organizar a las familias de más de 100 personas desaparecidas en Coahuila. Insinúan que la víctima se fue con una amiga, se puso a trabajar ilegalmente en Estados Unidos o está conectado con el lucrativo negocio de la droga.

1. Piedras Negras tiene 200 mil habitantes.

Algunos mexicanos pudieron “desaparecer” a consecuencia de un error de identidad. El 4 de diciembre un grupo de diez cazadores de la ciudad de León, Guanajuato, fue a Zacatecas en un viaje de caza de temporada. Buscaban conejos, ciervos y jabalíes. Llevaban unos cuantos fusiles, una camioneta roja y camuflaje. Según el testimonio de un miembro del grupo de cazadores que logró escapar, el grupo fue interceptado por la policía local, que los entregó a unos 15 hombres armados y enmascarados, vestidos de negro.

Con la excepción del hombre que escapó, los cazadores siguen desaparecidos.

Dos meses antes, veinte jóvenes de Michoacán salieron a lo que sus familiares describieron como unas vacaciones a Acapulco. Fueron secuestrados por pistoleros y permanecieron perdidos varias semanas. Con el tiempo, sus cuerpos fueron descubiertos en una fosa común, y sus supuestos asesinos confesaron que los habían confundido con una banda rival de Michoacán.

Un grupo de sicarios, miembros de una banda de narcotraficantes capturado por las autoridades, narró cómo se deshacía de los cadáveres en fosas comunes distantes y ocultas. Y en un caso particularmente espantoso, un hombre de confianza del cártel de Sinaloa en Tijuana dijo que disolvió alrededor de 300 cuerpos en ácido. La investigación policíaca encontró en su propiedad rastros de restos humanos el mes pasado.

Más de 11,000 inmigrantes, principalmente de América Central, se perdió el año pasado al cruzar México en su camino hacia Estados Unidos. De acuerdo con la Comisión Nacional de Derechos Humanos mexicana, la mayoría fue capturada por bandas de narcotraficantes que exigía pagos. Muchos siguen desaparecidos. En la mayor matanza en México durante cuatro años de conflicto, el verano pasado 73 inmigrantes que se negaron a trabajar para sus captores fueron masacrados.

A principios de 2009, Pablo Esparza fue arrastrado de la casa de su madre en la ciudad de Cuencamé, Durango. Unas semanas más tarde, hombres armados con bastones eléctricos capturaron a un hermano y una hermana suyos. Luego desapareció el comandante de la policía que investigaba las desapariciones. Unas 60 personas desaparecieron en 2009 sólo en Cuencamé, un pueblo de menos de 10,000 personas a lo largo de la ruta de infiltración Zeta.

José de Jesús, otro hermano de los Esparza, quien es ciudadano estadounidense radicado en Texas, ha presionado a los gobiernos de EE.UU. y de México para investigar el caso. Pero casi dos años después no hay rastro de su familia ausente. Una teoría es que pudieron caer presa de los traficantes de drogas para vengar las acciones de otros parientes lejanos.

“Vivo pensando en el día en que reaparezcan”, dijo José de Jesús Esparza en una entrevista telefónica desde San Francisco, donde trabaja para una compañía aérea. La incertidumbre ha cobrado su factura: Lo que queda de su familia se está desmoronando. Su madre intentó suicidarse, los niños se enferman, los miembros de la familia se han hundido en una profunda depresión, y José de Jesús va rumbo a la quiebra en sus intentos por encontrar a sus parientes desaparecidos.

“Ha pasado mucho tiempo, pero no he dejado de buscar un solo día. La esperanza — dice—, es lo último que muere”.